

Espaços e Paisagens

*Antiguidade Clássica e Heranças
Contemporâneas*

Vol. I Línguas e Literaturas. Grécia e Roma

Francisco de Oliveira, Cláudia Teixeira,
Paula Barata Dias (coords.)

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS

ANNABLUME

PAISAJE FÍSICO Y PAISAJE HUMANO DE LA GERMANIA SEGÚN CÉSAR Y TÁCITO

AURORA LÓPEZ
Universidad de Granada
auroral@ugr.es

Resumen

La visión del paisaje físico y humano de la Germania y sus pueblos que ofrecen César en *De bello Gallico* y Tácito en *Germania* es muy distinta, tanto en la forma como en el contenido; tal diferencia corresponde a una concepción literaria distinta. César hace una descripción progresiva de los germanos, a medida que los va descubriendo y conociendo, de modo que su relato, fresco y vivo, resulta de una indudable maestría literaria. Tácito recoge y maneja información no directa sobre los germanos, la elabora como un tratadito etnográfico, sin conseguir el interés literario que poseen el resto de sus obras.

Palavras-chave: César, Germânia, paisagem, Tácito.

1. Sobre el paisaje germano en la literatura latina.

Si pensamos en la Germania y los germanos desde la perspectiva de las fuentes latinas, lo primero que nos viene a la memoria es el opúsculo de Tácito conocido como *Germania*, quizá con más exactitud titulado *De origine et situ Germanorum*, de acuerdo con los manuscritos, corta obra de personalidad muy particular dentro de la producción del gran historiador imperial, que ocupa además un puesto especial en la literatura latina clásica como único ejemplo de estudio etnográfico de un pueblo extranjero, al no habérsenos conservado los libros de Séneca de tal naturaleza concernientes a Egipto (*De situ et sacris Aegyptiorum*) y a la India (*De situ Indiae*). A continuación, recordamos de inmediato las múltiples consideraciones que sobre los germanos nos hace Julio César en su *De bello Gallico*, de forma especial en los libros 1, 4 y 6, en que debe ocuparse por fuerza de este enemigo del pueblo romano que se entremezcla inexcusablemente en sus campañas contra los galos. Y de este tan breve elenco de fuentes queda marginada, debido a su pérdida, una obra que pudo ser fundamental para nuestro tema, los *Bellorum Germaniae libri XX* de

Plinio el Viejo¹, que, en opinión bien fundamentada de Syme², pudo ser la principal fuente de información para la monografía de Tácito.

Pero la *Germania* de Tácito o los comentarios de César sobre los germanos no me interesan aquí como fuentes de documentación etnográfica o histórica, aspectos que se alejan mucho de mi dedicación habitual y sobre los que existe una abundante bibliografía especializada³. Lo que ha suscitado mi atención hacia este tema, cuyo punto de partida se encuentra en la convocatoria de este Congreso de tema tan sugestivo, es el deseo de acercarme, en el caso de los dos historiadores romanos, a las razones de su curiosidad por el conjunto de los pueblos germanos, tan alejados, pero sentidos como una amenaza siempre constante y siempre susceptible de rápido acercamiento. De modo especial, mi curiosidad se centró desde el comienzo de mi trabajo en el planteamiento y posibles intenciones por parte de César a la hora de transmitir noticias sobre los germanos, un pueblo que parece ir descubriendo a medida que va entrando en contacto con él, y que sin embargo pretende hacer creer a su público lector que lo conoce a fondo, cosa que al menos consiguió que creyesen sus paisanos, según se comprueba a través de textos de Catulo, Suetonio y por la *Germania* de Tácito.

2. El conocimiento de los germanos por César según Catulo, Suetonio y Tácito.

Sin haber escrito jamás una obra específicamente dedicada a la Germania o a los germanos, César, debido a las múltiples noticias que ofrece sobre estos pueblos y sus varios enfrentamientos con ellos durante las prolongadas campañas en la Galia en su *De bello Gallico*, fue inmediatamente considerado experto conocedor del belicoso pueblo del Norte.

La primera alusión en este sentido se encuentra en el poema 11 de Catulo: el poeta se presenta en las tres estrofas sáficas iniciales de esta pieza dispuesto a dirigirse, acompañado por sus imaginarios amigos Furio y Aurelio, a los lugares más exóticos y alejados de Roma, donde habitan los indios, los hircanos, los árabes, los sagas, los partos, los egipcios, se acerca al fin a los pueblos de la Europa central, situados más allá de los Alpes, y se encuentra con los que se asientan junto al "gálico Rhin" y los britanos, vencidos por César (11,9-12).

El Rhin y los terribles britanos, objeto de la expedición de César en el otoño del año 55 a. C., son en aquellos tiempos lugares y pueblos lejanos, ignotos, exóticos para los romanos, apenas conocidos por las campañas de César, el

¹ Cf. K. Sallmann (1984), "Der Traum des Historikers: Zu den *Bella Germaniae* de Plinius und zur julisch-claudischen Geschichtsschreibung", *ANRW* II 32,1, 578-601.

² R. Syme (1958), *Tacitus*. Oxford, 127.

³ Cf. de modo especial: sobre César, J. Kroymann (1973), "Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung. Gesamtbibliographie 1945-1970", *ANRW* I 3, 457-487; G. Walser (1956), *Caesar und die Germanen. Studien zur politischen Tendenz römischer Feldzugsberichte*. Wiesbaden; K. Christ (1974), "Caesar und Ariovist", *Chiron* 4 251-292; A. A. Lund (1991), "Kritischer Forschungsbericht zur Germania des Tacitus (Teile I-IV)", *ANRW* II 33, 2, 1989-2222; 2341-2344; 2347-2382; E. Norden (1920), *Die Germanische Urgeschichte in Tacitus 'Germania'*. Leipzig.

primer romano que ha entrado en contacto con ellos. La referencia es clara. Pero, mediada la cuarta estrofa, Catulo cambia totalmente de tono, y olvidando los riesgos que tales viajes supondrían, ruega a sus imaginarios amigos que cumplan el poco serio encargo que quería hacerles, que le despidan de la infiel Lesbia.

Casi dos siglos más tarde, todavía Suetonio, al escribir su biografía de César, destacaba de entre otros hechos concernientes a sus campañas el haber sido el primer romano que había cruzado el Rhin con sus tropas y se había enfrentado a los germanos (*Iul* 5). A pesar de la brevedad de la referencia suetoniana, quisiera destacar su precisión sobre la situación de los germanos al otro lado del Rhin, de clara resonancia cesariana: ... *Germanis, qui trans Rhenum incolunt* es precisamente la forma con que aparecen aludidos por primera vez en el *De bello Gallico* (1.1,3), siendo la grande y constante preocupación del general romano el hecho de que aquel pueblo bárbaro, salvaje, fuerte, temible, cruzase el río hacía su margen derecha, esto es, en dirección a la Galia, a la Provincia, en última instancia en dirección a Roma. Suetonio demuestra tener muy presente en su memoria la lectura de la obra de César; es probable que considerase al abanderado de las tropas romanas también experto conocedor del pueblo germano.

Y así, un poco a grandes saltos, llegamos a la *Germania* de Tácito, cuyo comienzo, como es habitual señalar, resuena claramente como semejante al del *De bello Gallico* de César. Dicho parecido, sin duda muy relativo pero innegable, no resulta casual; en efecto, las palabras iniciales de César producen la impresión de que comenzamos a leer una geografía, tal vez una etnografía, de la Galia y sus pueblos, del paisaje físico y humano de la Galia; el resultado va ser, en cambio, ante todo un *memorandum* de sus campañas militares. Tácito comienza en términos parecidos, con la diferencia de que él va realmente a ofrecernos una etnografía de los pueblos de la Germania.

Abiertamente se refiere Tácito a César en un momento crucial del desarrollo de su tratadito, esto es, cuando finaliza los primeros 27 capítulos, dedicados a una visión general de los germanos y sus instituciones públicas y privadas, y pasa en el capítulo 28 de nuestras ediciones a un tratamiento de sus diversos pueblos. Recordemos el pasaje: *Validiores olim Gallorum res fuisse summus auctorum diuus Iulius tradit; eoque credibile est etiam Gallos in Germaniam transgressos* (*Germ.* 28). Que la fuente de lo afirmado es en efecto César resulta fácilmente comprobable, pero lo que nos interesa es destacar la consideración que le otorga Tácito como *summus auctorum*, esto es, autoridad máxima en el conocimiento de los germanos y de su historia.

Veamos, pues, a través del *De bello Gallico*, cómo se forja Julio César ese conocimiento de los germanos que le reconocían sus contemporáneos, según el testimonio de Catulo, y le siguen atribuyendo biógrafos e historiadores dos siglos posteriores.

3. Cómo cuenta César su conocimiento de los germanos.

A medio siglo de su presentación como tesis de doctorado de Lyon, la atractiva e interesante monografía de M. Rambaud sobre *L'art de la déformation*

*historique dans les Commentaires de César*⁴ sigue ocupando un lugar de importancia capital como guía de lectura de nuestro historiador, en especial de su *De bello Gallico*, que aquí nos ocupa. Como es sabido, Rambaud orienta sus análisis de los *Comentarios* para demostrar que César ha basado “la glorification et l’apologie” de su persona en una visión sutilmente deformada de los pueblos y de los personajes a los que se enfrenta, con el fin de que sus victorias sobre los enemigos de Roma ganen en relieve; de paso, dosifica igualmente una deformación de sus propios compañeros de armas, y, por supuesto, de su persona misma. Pues bien, esa deformación afecta de modo especial a dos pueblos extranjeros objeto de sus campañas, los galos y los germanos. Con toda la prevención posible hemos de leer sus opiniones sobre el pueblo germano, o mejor sobre los diversos pueblos germanos, porque, como indica taxativamente Rambaud, “la description des Germains est aussi tendancieuse que celle des Gaulois”⁵.

César nos va presentado a los germanos a lo largo del relato de sus campañas en la Galia como si se tratase de un descubrimiento personal: los va encontrando allí, en el amplio territorio que es objeto de su preocupación, las tres partes de la Galia, porque han venido bien sea con pretensiones de ocupación, bien para auxiliar en contra de los romanos a los pueblos allí asentados, y simultáneamente nos los va presentado, los va describiendo; al principio aparenta saber muy poco de los germanos, pero poco a poco va aportando datos más ricos. Su descubrimiento paso a paso, narrado como en suspense, despertando la curiosidad del lector, resulta magistral.

Sobre todo, ese descubrimiento gradual está perfectamente repartido y dosificado a lo largo del *De bello Gallico*. Como si de un drama en tres actos se tratase, en el libro 1 comienza con simples alusiones a las hostilidades de los germanos con los belgas y los helvecios, hasta que el enfrentamiento con los romanos resulte fundamental; es entonces cuando presenta en escena a un gran protagonista, Ariovisto, llamativo personaje que centra todo el interés de César porque le sirve dos aspectos de notable interés: es el gran enemigo, cuya derrota será por tanto un gran triunfo, y es la personificación ejemplar de un germano egregio. Después de un entreacto que abarca los libros 2 y 3, de nuevo se presentan los germanos en el libro 4, ahora porque cruzan en grandes cantidades el Rin, siempre empujados por el pueblo más importante y más peligroso de entre ellos, los suevos. Hay una gran derrota de los germanos, con cuantiosas pérdidas de vidas, en la confluencia de los ríos Mosa y Rin, después de lo cual César regresa a la Galia. Un nuevo entreacto ocupa el libro 5, y en el 6 asistimos al desenlace, motivado ahora por el apoyo de los germanos a los tréveros, y su derrota por Labieno. La comparación de los galos y los germanos, sus costumbres, sus semejanzas y sus diferencias, en los capítulos 12-28 del libro 6, avanza el final de la pieza, con un magistral estudio etnográfico, hecho con gran inteligencia y sorprendente modernidad. El broche final es la descripción

⁴ París, 1966 (2ª ed., revisada y aumentada; la primera ed. es de 1952).

⁵ M. Rambaud, op. cit., p. 334. En pp. 334-339 resume Rambaud los puntos esenciales de la deformación que atañen a los germanos.

de la selva Hercinia y sus fantásticos animales. Un final que, obviamente, no se debe a descubrimiento personal de César, pero que allí lo coloca, a pesar de que nada tiene que ver con la guerra de las Galias, pero sí con la curiosidad de ese hombre inmensamente culto que fue César.

Según he señalado, el primer acercamiento a los germanos tiene lugar a lo largo del libro 1 del *De bello Gallico*. Los germanos aparecen ya al comienzo, como una de las tres causas de la fuerza de los belgas: “y porque son vecinos de los germanos, que habitan al otro lado del Rhin, con los cuales están en continua guerra” (1.1,3). Son también la causa del valor de los helvecios, el motivo de que aventajen en valentía a los demás galos, pues “casi diariamente traban lucha con los germanos, ya alejándolos de sus propias fronteras, ya haciendo la guerra en las de ellos” (1.1,4). En suma, una primera aproximación a los germanos pone de manifiesto su bravura, de forma indirecta, recordando la de los pueblos que a ellos deben enfrentarse continuamente. Por ello, subyace siempre el temor romano a su amenazadora proximidad, cosa que reconoce abiertamente César al confesar que no quiere que se despueblen las tierras de los helvecios, por miedo a que las ocupen los germanos, que están al otro lado del Rhin, pues quedarían vecinos a la Provincia (1.28,4).

Los enfrentamientos entre pueblos galos, en concreto entre heduos y arvernos, traen a los germanos, que vienen primero como mercenarios de los arvernos y secuanos (1.31). Al principio pasan el Rhin unos quince mil, *homines feri ac barbari*, que se aficionan a los campos, a la cultura y a las riquezas de los galos, llegando a venir ciento veinte mil. Se establece en la tierra de los heduos Ariovisto, rey de los germanos. César utilizará una ingeniosa estratagema para confeccionar un retrato tremendo de Ariovisto, que, lógicamente, representará la imagen ejemplar de un germano: en primer lugar confía a un galo una primera aproximación a su persona, esto es, al jefe heduo Diviciaco, que tiene un largo parlamento sobre la tiranía cruel de Ariovisto, recordando las sevicias y tormentos a que somete a los conquistados. La primera definición del personaje, en pocas palabras, resulta contundente: *Hominem esse barbarum, iracundum, temerarium: non posse eius imperia diutius sustinere* (1.33,13), afirma Diviciaco ante César. Viene a continuación la opinión personal de César sobre Ariovisto y sus germanos, que confirma la del representante de los heduos, pero ahora desde la perspectiva de los intereses romanos: “Por otra parte, el que los germanos se acostumbraran poco a poco a pasar el Rhin y que llegara a las Galias una gran multitud de ellos, considerábalo peligroso para el pueblo romano; y no creía que aquellos hombres feroces y bárbaros (*homines feros ac barbaros*), una vez ocupada toda la Galia, se abstuviesen de pasar a la Provincia [...] *Ipse autem Ariovistus tantos sibi spiritus, tantam arrogantiam sumpserat ut ferendus non uideretur* 1.33,3-5. En suma, un pueblo feroz, bárbaro, guerrero, regido por un jefe violento, arrogante, amenazador, que no sólo se niega a entrevistarse con César, argumentando “que, si él necesitara algo de César, habría ido a verle; si César quería algo de él, preciso era que fuese en su busca” (1.34,2), sino que acaba amenazando abiertamente a César y a los ejércitos de Roma con estas osadas palabras: “Podía atacarle cuando quisiera: ya vería

cuanto era capaz el valor de los germanos, hombres sumamente aguerridos (*exercitatisimi in armis*), que durante catorce años no se habían guarecido bajo techado” (1.37,7).

De este modo queda construida una imagen mínima, pero esencial, de los germanos, que luego perfilará mejor César con toques aislados, eventuales, por ejemplo comentando los rumores de los galos y mercaderes sobre los germanos, atemorizados por su crueldad y violencia (1,39,1). El relato que sigue hasta producirse el enfrentamiento de ambos ejércitos sirve también para la inclusión de algunas noticias de claro interés etnográfico, como las referentes a la gran preparación, usos y costumbres de los jinetes germanos (1,48,4-7); también noticias sobre creencias supersticiosas de los germanos, alguna realmente curiosa (1,50,4-5).

Al fin se produce el enfrentamiento, en cuya descripción no evita César la inclusión de alguna costumbre llamativa: “Entonces, por fin, obligados por la necesidad, los germanos sacaron sus tropas del campamento y las colocaron por pueblos, con intervalos iguales: los harudes, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, sedusios y suevos, rodeando toda su formación con carretas y carros, para que no les quedase ninguna esperanza de huir. Encima de los vehículos pusieron a sus mujeres, que, tendiendo las manos abiertas, llorando suplicaban a los que se dirigían al combate que no las dejaran caer en la esclavitud de los romanos” (1.51,2-3).

La derrota de los germanos, su huída a través del Rhin, incluida la del bravo y arrogante Ariovisto, cuyas dos mujeres, una sueva y otra nórica, perecen en la huida, mientras que de sus dos hijas una fue muerta y la otra cayó prisionera, cierra la victoria de César (1.53). Conocida la derrota al otro lado del Rhin, los suevos se retiran a sus tierras, y César regresa a la Galia citerior (1.54).

La imagen de los germanos que resulta de esta primera aproximación es muy plana, con pocos ingredientes y contadas curiosidades: un pueblo fuerte, feroz, guerrero, siempre amenazando enfrentarse a los diversos pueblos de la Galia, siempre amenazando cruzar el Rhin, su frontera natural, siempre amenazando a Roma desde un horizonte alejado, es cierto, pero no por ello menos temible.

Un nuevo acercamiento fundamental a los germanos se produce en el libro 4, en el año 55 a. C., cuarto de la guerra de las Galias, con motivo de una nueva amenaza de aquéllos, como siempre debida a que cruzan el Rhin verdaderas masas, según indica César nada más comenzar: “El invierno siguiente, que fue el año del consulado de Gneo Pompeyo y Marco Craso, los germanos usipetes, junto con los tencteros, pasaron el Rhin con gran multitud de gente, no lejos de aquel lugar en que dicho río desemboca en el mar” (4,1,1). La razón de esta nueva oleada invasora es el acoso de los suevos, el pueblo más grande y más guerrero del conjunto de los germanos y, por tanto, también el más temido por César y por los romanos.

La guerra contra los suevos va a ser el hecho más importante narrado en este libro; antes de acometer el relato, César adopta un procedimiento distinto al que hemos observado en el libro 1 para describir al pueblo suevo:

en esta ocasión dedica a los germanos sin interrupción dos capítulos, esto es la casi totalidad del largo capítulo primero, y todo el segundo, en los que ofrece una modélica síntesis de sus costumbres, modos de vida, organización militar y agrícola, etc., al modo de una síntesis etnográfica, que más adelante complementará con alusiones a aspectos concretos, como son sus afanes expansionistas (4,6,5), el temor que inspiran a otros germanos (4, 7, 5), la deslealtad de sus comportamientos (4,13,1). De este modo, nos ofrece una estupenda presentación, incluso a pesar de su brevedad, del paisaje humano de los suevos, que no reproduzco por razones de extensión, pero que conviene leer, porque se comenta por sí sola.

Es conocido el relato del enfrentamiento; César afirma que mueren entre el Mosa y el Rin hasta cuatrocientos treinta mil germanos, lo cual pone fin a la guerra con ellos. A pesar de lo cual decide cruzar el Rin para atemorizarlos, a cuyo fin construye un puente. Sin embargo, de forma curiosa, al enterarse de que los suevos se están reuniendo para dar la batalla decisiva, decide volver a cruzar el Rin, regresando a la Galia, y cortar el puente (4,19).

Como único comentario me gustaría añadir que, a juzgar por su propia narración de los hechos, el conocimiento de los suevos por parte de César no va más allá de las observaciones lógicas de un pueblo enemigo con el que se está en guerra, y las informaciones que se derivan de esa relación hostil. César conoce a los germanos sobre todo en territorios de diversos pueblos de la Galia; la Germania apenas la pisa, y hasta da la impresión de que lo hace con miedo, con un deseo claro de regresar, cruzando de nuevo el Rin, esa frontera que tiene obsesivamente fijada en su mente.

El tercer acercamiento fundamental al pueblo germano en el *De bello Gallico* tiene lugar en el libro 6, y, curiosamente, se realiza de modo muy distinto a lo que César nos ha ofrecido en los libros 1 y 4 de la obra.

La causa del enfrentamiento con los germanos son ahora los tréveros, que les piden ayuda en el año 53, como ya habían hecho con anterioridad. La guerra se resuelve de forma rápida, con la derrota de los tréveros por Labieno, y la retirada de los germanos que habían acudido en su auxilio. César decide de nuevo dar un escarmiento a los suevos, cosa que no llega a ocurrir, por la retirada de éstos al interior de sus territorios. Y de repente, de forma casi inesperada, nos ofrece los dieciocho capítulos en mi opinión más interesantes de toda la obra, con una comparación de los usos y costumbres de los galos (6.11-20) y los germanos (6.21-28), para acabar con la espléndida descripción de la selva Hercinia (6.25), y sus exóticos animales, el buey parecido al ciervo (6.26), los alces (6.27), los uros (6.28). Ahora sí, realmente, encontramos una etnografía de los pueblos germanos, en comparación con los de la Galia, y una descripción muy atractiva del paisaje humano, y también, aunque en menor medida, del físico, que conforma a los pueblos de la Germania, tan alejados de Roma y por Roma tan temidos. Pero un análisis de estos capítulos es obvio que queda muy al margen del alcance de este trabajo.

4. Breve apreciación sobre la Germania de César y la Germania de Tácito.

Las visiones de la Germania y de los germanos por parte de César en el *De bello Gallico* y por parte de Tácito en su *Germania* resultan completamente distintas como concepción, como era de esperar no sólo partiendo de la personalidad y modos de expresión tan diversos de ambos historiadores, sino también por el género literario diferente en que aparecen contenidas.

Para compararlas, sería preciso un estudio riguroso, en el que, a mi modo de ver, debería tenerse como guía básica el hecho de que Tácito nos dejó un tratadito de etnografía, rico en información, por más que siempre cuestionable⁶, pero Tácito no conocía la Germania, y esto se nota de maravilla. César tampoco llegó a conocer la Germania, pero sí a los germanos, y muy bien por cierto: su información era más directa, más viva. Los pasajes centrales dedicados por César a la Germania en el libro 6 son, según opinión personal que ya he expresado, lo más hermoso de esta obra; la *Germania* de Tácito, en cambio, es el menos interesante de sus escritos, desde el punto de vista de la construcción literaria.

⁶ Cf. R. Syme, op. cit., p. 27 s.